



Todo lo folklórico responde a una tradición y como tal pervive en su propio medio, en su contexto, y fuera de él pierde su sentido funcional, pasando a ser un espectáculo más. El mundo de las manifestaciones folklóricas orbita entorno a dos ciclos vitales: “El ciclo de la vida” y “el ciclo estacional”. La ordenación del ciclo de la vida corresponde a las etapas por las que va pasando el hombre en su existencia, cantos de cuna, infantiles, de enamoramiento, de muerte, todo ello con una función determinada. Por otra parte, el ciclo estacional, en el que el año tiene su tiempo propio, épocas de siembra, de espera de recolección, de festejos, etc. Gracias a esa funcionalidad del hecho folklórico, en su propio contexto, se puede transmitir de generación en generación ese saber colectivo que constituye la garantía de continuidad de un orden cultural propio.

Dentro de ese orden estacional nos encontramos con la llegada del solsticio de verano, celebrado con “fogueras” desde la noche de los tiempos. Corresponde con la fiesta de la plenitud agrícola, época de recolección, en donde el campesino celebra su cosecha, fruto de su trabajo y garantía de un bienestar venidero.

Los cereales (trigo, cebada, avena, centeno...) eran, hasta hace poco, uno de los cultivos más socorridos, sobre todo en las medianías. Testigo de ello son la multitud de eras repartidas por la geografía insular. Por tal motivo la trilla era una de las faenas típicas asociadas a la época veraniega.

En los meses de mayo, junio y julio, dependiendo de las localidades, se efectúan

LA ERA

DOMINGO PÉREZ NAVARRO

túa la recolección. El cereal es segado con “joces” y se ata en manojos que se conocen como “gavillas” o “jaces”, los cuales se dejan algunos días en la tierra a fin de que se sequen bien. Son, posteriormente, llevados a la era para formar un montón llamado “parva”, la cual se forma dejando las espigas hacia dentro y cubriendo el montón con trigo o hierbas, y así queda hasta la trilla.

La era, de figura circular, ocupa un lugar estratégico en el caserío, desde donde sus vecinos puedan acceder fácilmente. Nos encontramos con dos tipos de era: por un lado la eventual, que es un trazo de tierra que se moja y terminada la trilla vuelve a usarse como tierra de labor; por otro lado la permanente, que se prepara mojando y aprisionando la tierra durante algún tiempo, bordeándola de una pequeña pared de piedra y empedrando el suelo con cantos a manera de adoquines.

Las “parvas” de cada campesino van cayendo en la era por turnos y sus convecinos acuden a echarles una mano, desde los niños a los ancianos todos

están desde el alba. Se tumba, entonces, la “parva” que consiste en extender los “jaces” en la era.

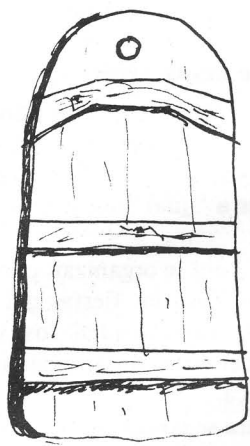
A la hora de realizar la trilla nos encontramos con dos modalidades, por un lado la trilla con bestias, y por otro con yunta y trillo.

CON BESTIAS:

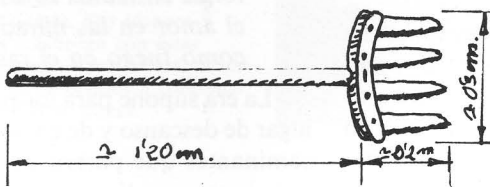
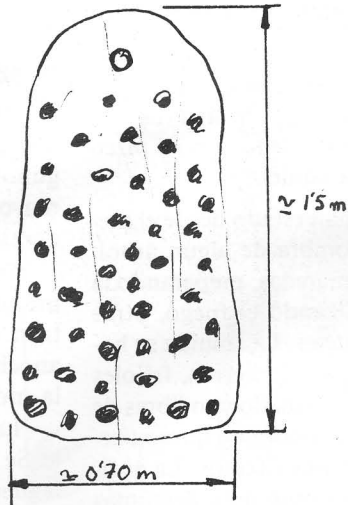
A la era acuden los labriegos cabalgando sus yeguas en “cerro”, sin montura alguna. Con las bestias que cada uno trae se forma una “cobra” (una fila) de cuatro a seis animales, por lo general. Cada uno expone sus deseos en cuanto al lugar que prefiere para su yegua. Entonces el “tocador”, mozo muy hábil en el manejo y dominio de las bestias, les va poniendo las “colleras” a cada una. La “collera” es una soga que va uniendo a las bestias para formar la “cobra”. Esta se forma colocando en el centro “la mano”, o bestia muy mansa que suele ser un burro, y hacia fuera se van amarrando los tercios para terminar en la última conocida como “la de por fuera”. Los tercios a su vez, se subdividen en “tercio”, la segunda bestia de “fuera pa dentro”; en “contra-tercio”; la tercera; “cuatro-tercio”, la cuarta; y así hasta llegar a “la mano”.

Las mejores bestias suelen ir por fuera ya que el recorrido que hacen es mayor.

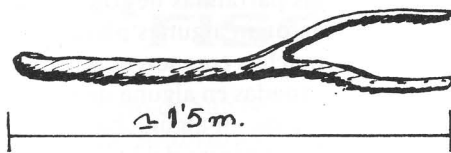
El “tocador” coge la “collera” y se le echa sobre el hombro y la espalda, sujetándola con la mano izquierda, y con la otra coge el rebenque. Ya encobradas, salta al centro de la era y hace girar a las bestias que comienzan a dar vueltas alrededor de la era. Con el rebenque (especie de látigo formado por un palo y



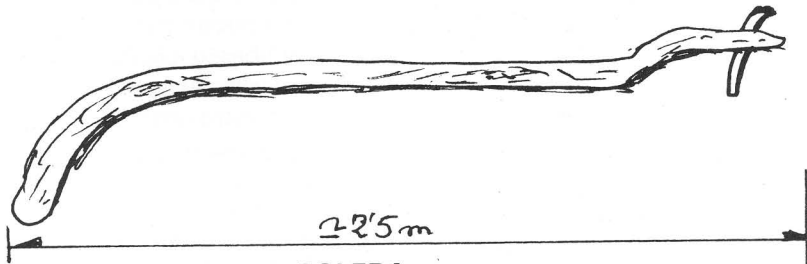
TRILLO



BIERGO

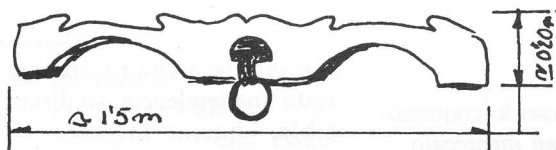


HORQUETA

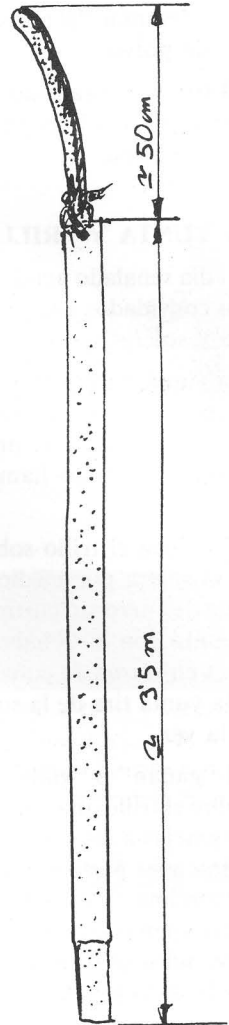


SOLERA

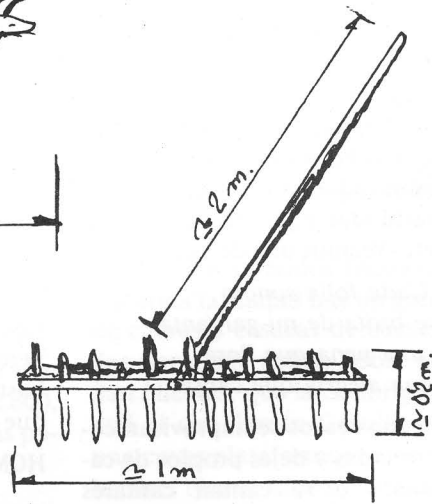
SI



YUGO



REBENQUE



RASTRILLO

una tira de cuero o correa de unos 3'5 m. × 0'46 m.) da latigazos, "toca" en el aire para que las bestias giren "enrededor", cuidando que ninguna rompa o salga de la "cobra".

A medida que avanza la trilla el "tocador" deja que "la de por fuera" se salga de la era y pise en suelo firme para que descansa. Los buenos "tocadores" son los que saben cuándo deben

echar a los animales por fuera y cuándo por dentro.

Se cuidan los hombres con sus "jorquetas" que el trigo no se salga y echando más cantidad según se va trillando.

El "tocador" da gritos de ánimo a las bestias, "anda guapa", y silba para pararlas. Los asistentes por su parte le gritan a él para que las lleve apretaitas y en su sitio.

Cuando alguna bestia esté agotada se lleva al "rastrojo", es decir, se la saca fuera de la "cobra" y se le ata del arbusto más cercano, y en su lugar se coloca otra que esté más fresca. Se comienza de nuevo pero ahora se trilla en sentido contrario. El período de trilla entre cambio y cambio se llama "mano". El estallido del rebenque pone en movimiento a la "cobra" y el viento

LA ERA

vuelve a levantar “el tamo” y se forman nubes de polvo.

El trigo ya está todo en la era pero se continua algo más para que la paja quede más fina.

CON YUNTA Y TRILLO:

El día señalado acuden con sus yuntas los convidados a la trilla, se traen los trillos y soleras.

La yunta está formada por dos vacas o toros unidos por los cuernos a un yugo, con la ayuda de unas correas de tres brazas de largo llamadas “coyundas”.

Se coloca el trillo sobre la era y se ata a la solera por medio del “látigo” (cuerda de cuero sin curtir) y ésta se une a la yunta con la “chabeta” (clavo de madera en forma de cuña), de esta manera la yunta tira de la solera y del trillo a la vez.

El “gañán” o “gallán” sube entonces sobre el trillo, manteniendo su equilibrio gracias a los travesaños que lleva el trillo en su parte superior. Pica a la yunta con una caña o un palo, y comienza a dar vueltas en círculos sobre el trigo. Los niños se suman a tan divertido juego de dar vueltas a lomos del trillo.

Cada dos horas se voltea y sacude con las “jorquetas” la paja, para que el grano vaya al fondo y el trigo sin romper quede en la superficie; conocida dicha labor como “dar la vuelta”.

El “gañán” en su montura suele alentar a los animales de su yunta con guaperías y canciones a palo seco. Las tonadas utilizadas son las mismas que en sus parrandas y juntas, isas, folías, polkas, etc. Veamos una de esas coplas:

*Cada folía sonora
que brota de mi garganta
es una pena que llora
a una alegría que canta.*

En algunos casos se improvisan coplas con tonadas y dejes propios de cada “gañán”, o se cantan cantares “picaos” entre los asistentes.

En ambos tipos de trilla, una vez acabada la faena, se pasa a aventar el trigo. Se forma un montón largo, perpendicular al viento reinante y, cuando hay viento, se aventa con la ayuda de los “biérgos” o “bielgos” separando la paja del grano.

Una vez aventado es cernido con “sarandas” y cargado en “serones” (sacos hechos de estera de palma) o en sacos. La paja se recoge con el rastrillo y

se echa en la “balsina” o red de cuerda de pita o en mantas de pitera para ser transportado.

La trilla está terminada, ya ha caído la tarde o incluso la noche si el trigo es mucho. Los hombres se toman un pizco y se reúnen para comer.

Las mujeres han estado desde el mediodía bajo la sombra de algún árbol, entre grandes humaredas, preparando la comida, unas atizando el fuego, otras echando los manteles. La comida se hace a base de potajes de berros, frijoles o jaramagos, acompañado con libras de pan y gofio. De segundo, un queso tierno con miel o tortilla y frutos. La anfitrióna y sus parientas más próximas poco comen puesto que se esmeran en dejar a todos bien atendidos.

La comidad se convierte entonces en una gran reunión, los niños saltan y juegan entre sus mayores, los jóvenes encuentran lugar para el enamoramiento sin grandes protocolos, los mayores hablan de sus tierras y cosechas, y los ancianos recuerdan con nostalgia aquellas trillas de antaño en que las cobras estaban formadas por doce o quince bestias, o cuando entraban a la era dos y tres yuntas a la vez.

Así, entre el bullicio, se termina la comida. Alguno que otro ha llevado un requinto o el laúd, y se dan los primeros compases de una isa, dando comienzo la fiesta con baile incluido, “si la cosa está animá”. Las mujeres dan gritos y ajijides de alegría por el éxito de la trilla, la fiesta alcanza su plenitud máxima. Surgen cantaores que se atreven a entrar en acción.

MUJER: *Echale trigo a la era
y a mí no me soliciste
que si tú no me quisiste
no me falta quien me quiera.*

La risa y alegría de los asistentes lo justifican todo, incluso el atrevimiento, pero tal cantar bien intencionado tiene hasta quien se pica, y “el que se pica es que ajos come”.

HOMBRE: *Tú te has creído coqueta
que yo soy tan mentecato
que habiendo tantos zapatos
me enamoro de chanquetas.*

Más risas y bromas. Así con cantares “picaos” se ameniza la fiesta que dura hasta ya entrada la noche.

El enclave de la era hace de ésta un lugar propicio para la reunión. Una plaza en donde los niños encuentran un suelo duro y uniforme para jugar. Los jóvenes se reúnen a charlar o a “echarle un puño a la baifa” y de ello buena cuenta dan las coplas:

*En la era nos vimos
y en la cumbre nos citamos
que deprisita subimos
que despacito bajamos.*

Los ancianos, por su parte, se sientan a pasar la tarde, a coger sol. En algunos casos se reúnen las mujeres mayores a “jilar” en juntas de “jilanderas”.

En la era se organizan parrandas sobre todo para las fiestas del santo patrón. A ellas acuden los vecinos al anochecer para cantar y bailar al son de la música.

La era se convierte en terrero de baile. Se entonan igual isas que polkas, malagueñas que folías.

*Noche de baile en la era
folías en labios rojos
el amor en las miradas
como fuego en el rastrojo.*

La era supone para los peregrinos un lugar de descanso y de encuentro con los caminantes que parten de otros sitios, para juntos continuar “pa Santiago de Tunte, pa la Rama, pal Pino, pa la Fiesta del Cristo o pal Charco”. En la era las parrandas de romeros se paran y se entonan algunas piezas. Por esta razón muchas eras son conocidísimas al estar situadas en alguna de estas grutas de romeros, en algún cruce de caminos o en las cercanías del lugar de peregrinación.

Al ser la era uno de los elementos claves en el desarrollo de la vida rural, ha supuesto para el campesinado un lugar abierto a la participación y cargado de vivencias, que han estado reflejadas en nuestro cancionero popular. Al ser la trilla una labor cíclica anual relacionada, como ya veíamos, con el verano y el tiempo festivo, la era se ha convertido a lo largo de los siglos, en un lugar en donde la fiesta, como un ritual de celebración de una buena cosecha, tiene un enclave definido y propio.

La transformación socioeconómica y cultural que viene sufriendo Canarias y sobre todo Gran Canaria, ha provocado una tendencia, yo diría que irreversible, hacia la mecanización y deshumanización que ello supone de la trilla como tarea campestre, haciendo que la era pierda todo el valor etnofolklorico, y por lo tanto de identidad, que ha representado a lo largo de la historia. Muchos programas se están haciendo de recuperación de nuestro patrimonio cultural. Uno de estos programas tiene como fin la recuperación de los llamados “Caminos Reales”. Tal vez deberían incluirse programas conjuntos de recuperación de “La Era”, que en muchos casos amenaza ruina.